

verá á perseguiros hasta aquí, porque sabe que es culpado y que tengo mas poder que él. Los compañeros que quieran volver á su patria partirán libremente, aliviaré en parte las fatigas de su viaje, los protegeré hasta las fronteras. En cuanto á vos, os detengo aquí donde os esperarán Zinaim y Nidda.

—¡Zinaim! ¡Nidda!

—Seguidme, vais á sorprenderlos en su sueño.

—¡Bendito sea Dios! exclamó el padre de Zinaim viendo á sus hijos dormidos.

Y se postró dando gracias al Señor por sus beneficios. Después se levanta para dirigirse hácia sus hijos que habian despertado dando gritos de alegría, y prodigando á su padre los nombres mas tiernos.

Entre tanto, Elzear habia vuelto con los otros viajeros á quienes animaba. El anciano guarda de la torre de Nicomor, llamado Zean, fué el objeto de sus mas tiernos cuidados; resolvió detenerle en su casa, y Zean aceptó con gusto. Todos los extranjeros le dejaron sucesivamente para volver á su patria: no quedó en su compañía mas que el padre de Zinaim. Mientras duró el destierro de los hebreos no abandonó el asilo ofrecido tan generosamente á él y á sus hijos; pero cuando el Señor se hubo aplacado, y hubo vuelto á abrir las puertas de Jerusalem á su pueblo, se separó, no sin pesar, del venerable Elzear. Prometieron volverse á ver un día y este día pronto llegó.

—Mi querida Eila, dijo una noche Elzear á su hija, el tedio se ha apoderado de mí, ¿abandonaríais estos lugares sin pesar?

—Léjos de separarme de ellos con tristeza, los dejaria con alegría porque esta no es mi patria.

—Así lo conozco, hija mia, y no querría yo morir aquí, en medio de los enemigos del Señor. Partiremos pronto para Jeru-

salen donde nos esperan nuestros amigos. Allí encontraremos á nuestros hermanos, nuestro culto, nuestro templo y nuestros sacerdotes: todos los deseos de nuestro corazón serán satisfechos.

—Algunos meses después de esta conversacion, Elzear entraba en la casa del padre de Zinaim, á quién no abandonó ya. Las dos familias no formaron mas que una: Eila y Nidda fueron hermanas, y Zinaim, el esposo de Eila. Todos vivieron en el seno de la dicha y de la paz, observando con celo todas las leyes del Señor. Zean, el antiguo servidor de Nicomor, no se separó ya de los que habia libertado del cautiverio, y su larga vejez fué dichosa y honrada en toda Jerusalem.

LENGUAJE DE LAS FLORES.

El ESCARAMUJO ó AGAVANZO (rosal silvestre) expresa promesa de casamiento: el HIGO VERDE, repulsa. La MADRESELVA AMARILLA significa inconstancia en amores; la DISCIPLINADA ó MATIZADA DE COLORADO Y AMARILLO, vínculo de amor; la que florece todos los meses y cuyas flores son ROJO Y PAJIZO, felicidad doméstica, contento; la HOJA DE PARRA significa amistad.

LA CONSTITUCION DE LOS NIÑOS.

Es un error muy generalizado el creer que la CONSTITUCION DE LOS NIÑOS se fortalece con exponerlos al frio, de donde viene la práctica absurda de bañarlos en agua fria aun en lo mas crudo del invierno. En los niños la circulacion es casi enteramente cutánea y cualquiera impresion fuerte de frio en su piel sensible y vascular, destruye la circulacion natural de la sangre, produciendo enfermedades intestinales, inflamaciones y convulsiones, las cuales si bien no destruyen la vida, sí debilitan la constitucion y la predisponen á otras enfermedades.

LA FELIZ EXPRESION.

POR ANA WILMOT.

MUY bonito está todo, todo; pero una cosa falta.

La que así hablaba era una señora llamada mistress Blowsley¹, viuda del muy lamentado Mr. Blowsley, comerciante en paños. Después de haber traído el luto todo el tiempo requerido por las leyes sociales, á la sazón vestía gozosa de blanco, gastando un lujo extraordinario. Las palabras que profería se las arrancaba la vista del retrato de su propia hermosura que le estaba haciendo un pintor de los mas diestros.

—Y ¿qué es lo que falta? preguntó el artista. ¿No es graciosa la cara?

—¡Muy bien! ¡muy graciosa!

—¿Ha mudado usted de parecer acerca del traje?

—¡Oh, no! No me parece que haya cosa mas linda que el traje de una pastora. ¡Qué bien, y con qué primor tiene asido el llamado! ¡Y la palomita esa! ¡Qué ocurrencia tan feliz! ¡Está precioso el cuadro, pero repito que le falta una cosa!

—Sírvasse usted decirme qué. Si el arte puede remediarlo, en el acto se hará. Sírvasse usted decirme lo que usted considera un defecto.

La dama se sonrojó y sonrió lo mas re-

¹ Bló-oslé.

milgadamente que sabia hacerlo y dijo luego:

—La expresion, señor.

—¡Ah!

Y el pintor se puso á mirarla y remirla con sumo cuidado.

—Sí, prosiguió la dama, no ha logrado usted coger mi mas feliz expresion. Lo que ahora quiero es eso; mi mas feliz expresion. Tengo una razon especial para eso, y usted debe hacer cuanto pueda por dársela á mi retrato. Míreme usted y ¡á ver si la coge usted!

La dama, diciendo así, hizo por poner un semblante de lo mas interesante..... esforzóse por manifestar su mas feliz expresion.

—¡Ahora! ¡le parece á usted que podrá cogerla?

Y hablando así procuró asomar á sus labios una sonrisa de lo mas seductora, haciendo al efecto un esfuerzo, es decir un gesto que su doncella, fea como era, estuvo á punto de soltar la carcajada viéndole.

—Haré por conseguirlo, dijo el pintor cogiendo su paleta y dando al retrato unas cuantas pinceladas. Ahora, ¿qué le parece á usted?

Mistress Blowsley estuvo examinando el retrato, y meneando la cabeza.

—Me parece que eso es exactamente, dijo el pintor.

—Sí, todo está bueno, menos la expresión: la expresión se le ha ido á usted. ¡Vea usted si no!

Y volvió la dama á sentarse y por segunda vez tomó su feliz expresión.

—Ahora estoy segura de que no la ha cogido usted. Usted mismo conoce que se le ha ido. Y eso, eso es lo que quiero. Ahora haga usted por pintar mi cara como es ella. Me gusta asombrosamente la pintura, toda ella menos la cara. Y con todo, permítame usted que le diga que no la creo muy perfecta en punto á semejanza.

—¿Cómo así! pues yo creía que en punto á semejanza no había pero que ponerle.

—No, no hay semejanza. ¡Le expresión es fatal!

Y á decir verdad, el retrato era bastante malo. Sin embargo, la semejanza era admirable, y en esto decía bien el pintor, el cual había suavizado y enmendado las toscas facciones de su dama hasta donde lo había juzgado conveniente para no hacer ridículo el retrato.

—Mire usted este retrato, dijo mistress Blowsley enseñando al pintor el de una preciosa señora que en punto de amabilidad se había llevado la palma en una crecida tertulia durante dos ó tres años. No es decir que me guste la pintura; nada de eso, pues en resumidas cuentas no hay en ella mas que hombro y cabeza. Pero eso sí, tiene la expresión, la expresión conveniente, mientras la mía en este particular es un error que choca. No comprendo cómo ha podido usted errar tan manifestamente mi verdadera expresión. Vuelva usted á probar.

—Haré cuanto esté de mi parte para sacarla bien, respondió el paciente pintor. Sentóse nuevamente la dama, y puso la

cara mas amable que pudo, asomando á sus labios una sonrisa de tal naturaleza que no pudo ella menos de persuadirse que como el retratista lograra trasladar al lienzo su expresión, quedaria perfecto el retrato. Mas el pobre discípulo de Apelles no podía sacar mucho provecho de la cara aplastada, los chatos labios, la desproporcionada barba y la antigriega nariz del original. Logró sí representar la sonrisa de la dama, pero era su sonrisa de ella y la pintura tenia su expresión. Echando él de ver que aquello no estaba bueno, tocó y retocó, borró y volvió á pintar, mejorando el original vivo cada vez que aplicaba el pincel.

—Me parece que ahora quedó bueno, señora, dijo al fin, después de haber hecho tanto favor al rostro que casi tenia que la dueña del original se ofendiera.

Mistress Blowsley tomó de nuevo una postura de crítica, frente á frente de la amable pastora.

—Está mejor, observó tras un trecho de contemplación: sí, está mejor; pero aun no perfecto. Algo mas ha cogido usted de mi expresión; pero de mi feliz mirada no hay nada. Y eso es lo que yo quiero, mi mirar; y usted ha de empeñarse en cogerle. Siento mucho causar á usted tanto trabajo; pero ya que estamos en ello, ¿por qué no hemos de sacarla bien?

—Mucho que sí, señora. Pero me parece que la semejanza es ya perfecta, y tanto que temo echarla á perder tocándola.

—¡Oh, no, no señor! Está imperfecto mi retrato en lo que dije á usted desde un principio, es decir, en la expresión. Ahora haga usted por tener mas acierto. Ya le ha mejorado usted mucho: con unos cuantos toques estoy cierta de que la dejará usted excelente. ¡Una cara como esa en una pastora!... Por amor de Dios, se-

ñor, eso era capaz de espantar á todas las ovejas.

Y en verdad no iba muy errada mistress Blowsley: el original era de tal naturaleza, menos cuando se ataviaba con su "feliz expresión," que muy animoso habia de ser el rebaño que no huyera á su vista.

—¡Con que falta la expresión! replicó el pintor con desmayada voz. Pues señora, yo estoy persuadido que esa es la expresión de usted.

—No me hable usted á mí de eso, pues yo creo que sé mas de ello que usted.

Quedóse un rato pensativo el pintor.

—¿Le parece á usted que pinte la cabeza solamente y vea qué tal sale?

—Bien, como usted guste: soy capaz de aguardarme una semana con tal de lograr un buen retrato mio.

—Norabuna, veremos mañana.

Al dia siguiente mistress Blowsley se presentó, conforme á lo convenido, en la casa del pintor. Cuando aquella se hubo sentado, este tomó el precioso retrato cuya expresión habia él mismo admirado tanto, púsole un poco atrás y á un lado de la dama, de suerte que pudiese tomar del mismo retrato y del original vivo y mezclar los dos rostros en términos que conservase algo de la fisonomía de la dama sin perder nada de la amable expresión del retrato. No podian darse dos caras menos parecidas. La una era un modelo griego en su perfil, con la suficiente redondez para hacerla casi perfecta, mientras que la otra no era mas que la representación de lo mas ordinario y vulgar. Espinoso era el empeño que acometia el pintor. Después de mezclar cuanto pudo los dos estilos de rostro tan opuestos en su delineación, comenzó á llenar su bosquejo con las facciones una por una uniendo la hermosura con la mas marcada feal-

dad, de suerte que se conservara en la obra la menor parte de esta sin destruirla del todo. El rostro ancho y achatado fué angostado, la abultada barba fué comprimida, modificóse lo respingado de la nariz y encorvóronse aiosamente los labios. A medida que fué adelantando su obra, le fué tomando gusto despertando en su ánimo la curiosidad de ver lo que producía aquello, bajo un punto de vista artístico.

Durante doce horas, repartidas en tres dias, el pintor trabajó con el mayor empeño. La dama se empeñó mas de una vez en ver su retrato, pero el retratista se negó á permitirselo antes de que estuviera concluido completamente.

—No dejo de tener un recelo, díjose para sí al examinar su obra ya terminada: está esto demasiado hermoso y no creo que ella se avenga á creer que se le parece.

El pintor daba bien á conocer, pensando así, que no habia comprendido hasta dónde llegaba la presunción de la dama. Por fin, llegó la hora de que la amable pastora estuviera en disposición de ser vista, y la impaciente dama tuvo permiso de recrearse en sus gracias. Al presentársele el retrato mantúvose un rato contemplándole sin despegar los labios y el pintor temeroso permaneció á su lado, tratando de leer en su semblante, habiendo tenido el cuidado de no dejar ver el verdadero original para que no pusiera su vista de manifiesto la nueva experiencia que habia hecho él.

—¿Qué tal ahora? se atrevió al fin á decir con tal cual desconfianza.

—¡Perfectísimo! musitó la dama.

—¿Le parece á usted que ahora he afinado con la expresión?

—¡A las mil maravillas! ¡Es una semejanza asombrosa!

—Temia yo que me hubiera salido demasiado angosta la cara.

—No por cierto, nada de eso. ¡Está de lo mas perfecto! Bien sabia yo que usted era capaz de hacerlo mejor que la primera vez: ¡aquello era una caricatura!

El pintor habia visto mucho de flaquezas humanas, como todo pintor; pero este excedia cuanto habia llegado á su conocimiento en punto á presuncion. En su vida artistica habia él modificado el mirar, disimulado facciones de mono, levantado extraordinariamente frentes, puesto sonrisas en caras arrugadas siempre; por último, habia hecho todo género de mutaciones segun el capricho de los dueños; pero nunca habia mezclado, como entonces, un rostro tan decididamente deforme con una beldad tan exquisita que casi borraba del todo la semejanza.

Mientras mistress Blowsley se deshacia en elogios por el tino con que el artista habia sabido coger su mas feliz expresion, este hacia lo posible por conservar la mayor seriedad, pues el caso era para reventar de risa. La dama no se cansaba de mirar y elogiar el retrato: convidó á sus amigos á verle y todos á una convinieron en que era la mas preciosa semejanza que se hubiera visto.

Ocioso parece decir que á poco tiempo el artista no podia ya dar abasto á los pedidos de retratos. Todo conocido obeso, viejo y feo de mistress Blowsley, cuyo exacto retrato deslucia su casa, ocurrió al hábil pintor, la fama del cual corrió por todas partes y le acarreó una ganancia asombrosa.

(Traducido del inglés por E. R.)

SALSAS

para un guisado de lengua castellana.

Arbasador, abrasadora (aplicado á las cosas, por LO QUE ABRASA Ó QUEMA):

abrasante; pues ABRASADOR se aplica con propiedad solamente á las personas.

Abrazador, abrazadora: lo mismo que lo anterior.

Acceso (acometimiento de alguna enfermedad ó de alguna pasion); *acesion* (de enfermedad), ímpetu, pronto, impulso ó rebato (de pasion).

*Asgar** (agarrar): asir.

*Catarina** (nombre propio): Catalina, así la mártir como la de Sena, por mas que pretendan los almanaqueiros y los rótulos respectivos de estas dos iglesias mantener una absurda distincion, llamando Catarina á la Mártir. *Catarina** (rueda de la máquina del reloj): catalina.

*Chafar** (hablando de terciopelo etc., cuyo pelo se inclina y de persona á quien se desluce): chafar, chafarse.

*Condescendente** (el que condesciende): condescendiente.

Cosijoso, cosijosa**: hostigoso, hostigosa.

Cuadrar (gustar ó agradar) algo: petar, cuajar.

Encantador, encantadora (*charmant* del francés aplicado á las cosas) delicioso, hechizador; pues ENCANTADOR solamente se aplica con propiedad á las personas, y vale EL QUE HACE ENCANTAMIENTOS.

Espacio (poco á poco): despacio.

*Estopor**: estupor.

*Impender** emprender (gastos, etc.)

Infamante (aplicado á las cosas; por LO QUE INFAMA): infamatorio; pues INFAMANTE solamente á las personas se aplica con propiedad.

*Irineo** (nombre propio): Ireneo.

Mujlo ó murlo** (parte del cuerpo): muslo.

NOTA.—Lo que aquí va de cursivo es castizo en sí, pero vicioso en su aplicacion ó en la acepcion que comunmente se le da. Lo que sobre ir de cursivo lleva un asterisco (*), no está admitido por la Academia en ninguna acepcion. Lo que va de redondo es correcto.

MISCELÁNEA



¡CANARIOS!

—Por la señora L. M. de D.—

(CONCLUYE.)

Tan fácil de resolucion me pareció la proposicion, que la recibí de pronto como una broma, y quise reirme; pero me contuvo el aspecto serio de mi interlocutor, á quien viéndole yo á punto de despedirse, le contesté echando una ojeada á mi reloj:

—¡Muy bien! son las diez y cuarto, y dentro de una hora volveré á ver á usted: en el entre tanto aprovecho sus obsequiosas invitaciones.

Luego, tomando la calle recta que conducia á las pajareras, me separé de mi huésped.

Por donde quiera que dirigia yo la vista, veia sitios esmaltados de las mas bellas y aromáticas flores; pero nada me detenia, porque todo mi anhelo era ver los delicados pajaritos, y entregarme después á la resolucion del problema que se me habia propuesto.

Al fin llego á las pajareras, y en admirar tanta finura, tanta hermosura; en saborear canto tan melodioso, gorjeos tan dulces y arrullos tan suaves, pierdo cerca de media hora, y embriagada de contento no he podido contestar á las exclamaciones que la novedad y los deseos arrancaban de mi buena Ana.

—¡Señora! ¡señora! ¡qué hermoso canario! ¡jamás se ha visto uno como aquel morado verde que mete tanta bulla! ¡mí-

relo, mírelo usted! en todas partes se encuentra y parece que á todo atiende. ¡Oh! ¡qué plumas tan preciosas tiene en la cola aquel pintado! ¡por Dios, señora, compre ese, ese es el mas lindo!

Estas y otras muchas exclamaciones semejantes arrojaba Ana en su admiracion; admiracion de que yo participaba en grado superior, y me tenia enajenada. Pero haciendo un esfuerzo me retiro de aquellas encantadoras pajareras, y comienzo á pensar sobre la resolucion que debia dar á la cuestion propuesta para poderme llevar un buen número de canarios.

¡Qué sensaciones tan deliciosas me hacia experimentar la idea de que iba yo á ser dueña de muchos canarios!

Fascinada, me pierdo en un caos: mis cálculos son inconstantes, mis cuentas erradas. Me siento, ando aprisa, ando *espacio*, me paro á meditar; mas todo en vano: tengo completo el número designado de canarios; pero me sobra ó falta dinero y por precision vuelvo á las andadas. ¡Qué estoy diciendo, por Dios! ¡que tres y dos son siete? ¡que catorce y tres son diez y nueve? ¡Oh! esto ya es insufrible! ya no tengo cabeza; no sé qué hago, ni cuál es mi objeto. ¡Vaya, que debo ser muy torpe! ¡Qué se dirá de mí cuando se sepa lo que me está sucediendo! ¡Cómo no se reirán, Dios mio, de mi grosera ignorancia! ¡Se burlarán y me dará rabia!... Lo merezco por orgullosa y *petulante*. Merezco ser tratada con la befa y escarnio que lo fué Dionisio de Siracusa en Corinto.

—¡Señora, señora! ¡mire usted qué flor tan hermosa! nunca se ha visto una tan bien matizada... ¿qué flor será? ¿cómo se llamará?

—No sé, cállate, no me vuelvas á hablar, no seas necia.

—¡Pero, señora! me replicó Ana al verme *voltear sobre* la misma calle por que íbamos, ¡está usted muy irritada! El calor y el ejercicio la han hecho sudar demasiado, la sangre cási le brota *por* las mejillas: sentémonos bajo este frondoso árbol y aquí se refrescará mientras llega el "señor" que parece se dirige hácia nosotros por aquella callecita.

Al oír estas últimas expresiones de Ana, y viendo venir por la direccion que me señalaba al propietario, consulto mi reloj, y... ¡Dios mio! es la media para las doce. Entonces sí sentí que la sangre se me agolpó al cerebro y me hizo bambolear: imposible era resistir.... me dejo caer *hácia* el tronco del árbol mas inmediato.

Ahí muerta de vergüenza y pesar, sin saber cómo salir del paso, esperé á mi terrible *torcedor*, que no *dilató* en llegar.

—Dispense usted mi atrevimiento al venir á interrumpir á usted en su paseo, ó sus meditaciones; pero como son las once y media y antes de esta hora quedamos en volvernos á ver y no ha sido así, creí ó que usted me esperaba, ó que habia tenido algun accidente, lo cual espero no habrá acaecido.

—Nada, señor, nada ha sucedido: me he entretenido no sé en qué... es tan hermoso este jardin, hay en él tanto que admirar que... que...

No supe acabar la frase, estaba aterra-da, ahogada de vergüenza.

—Permítame usted le manifieste, puesto que no ha tenido novedad que exija mis atenciones, que son las once y media, y que habiéndonos separado á las diez y

cuarto para volvernos á ver precisamente dentro de una hora, mi obligacion ha cesado.

—Bien está, caballero. Nada, absolutamente nada tengo que decir sobre el particular que me indica usted, y dándole á usted las mas expresivas gracias por las atenciones que me ha dispensado, me despido de usted ofreciéndole mi casa y remuneraciones en Mazapil á donde me retiro pasado mañana.

—Gracias, mil gracias, señora: si alguna vez tuviere necesidad de pasar á Mazapil, tendré la mayor satisfaccion en pagar á usted su visita.

Estando ya dispuesta para marcharme, mi interlocutor me ofreció el brazo, que avengonzada tomé, y sin hablar mas palabra llegamos hasta el emparrado que daba entrada al jardin, donde parádonos un momento:

—Aquí tiene usted, señora, las semillas y *camotes* que le ofrecí: los papelitos en que van envueltas las unas, y llevan pegados los otros, darán á usted los nombres de las flores que espero llenarán el gusto de usted.

—Gracias, señor.

É indicándome á Ana con un movimiento de ojos que tomara lo que se me presentaba, me dirigí á la puerta, que con la mayor ansiedad deseaba saltar para alejarme de aquel sitio que tanto me habia hecho padecer.

Ya fuera de él, solo tuve fuerza para decir:

—A dios, caballero.

—A las órdenes de usted, señora. . . á dios.

La fiebre me devoraba. No sabia yo qué camino debia tomar que me condujera á mi casa; el piso tan igual como el de un anden me parecia escabroso; el sol que reverberaba no me alumbraba; las piernas

me temblaban y me hacian tambalear; á cada paso me veia en peligro de caer.

Ana conoció el estado deplorable en que me hallaba, y me *ofertó* su brazo para ayudarme á sostener mis vacilantes pasos; pero yo estaba encolerizada, loca, y la desprecié....

—Quita, quita; voy bien, no necesito de tu servicio, y.... entiendo, sin que te lo prevenga no me lo ofrezcas.

—¡Bien, señora! pero no debemos irnos por ahí.

—¡Pues por dónde? ¡dí!

Y asiéndome groseramente de su brazo,

—Anda, le dije, llévame por donde se te antoje.

Y tomando la direccion que debiamos, á poco llegamos á la casa, donde jadeando de rabia y desesperacion comencé por tirar el manto, desprenderme y desabrocharme. Todo me incomodaba, me abochornaba; deseaba yo que un viento *glacial* calmara el fuego que me abrasaba, y que me consumia.

No fué necesario tanto. Desembarazada de mis atavíos, y sentada bajo la fresca sombra del techado, un cuarto de hora me bastó para recuperar mi estado natural, en que reflexionando con calma sobre lo que me habia pasado, quise de pronto enfurecerme; pero como eran ímpetus de mujer, que lo soy por una desgracia, y á mas no poder, el furor se convirtió en risa, y alegre y contenta como lo estoy siempre, exclamé:

—¡Puf!... estoy segura de que esa proposicion, problema ó lo que sea, no ha de pasar de una patraña insustancial, que si no resolví en el término prefijado, fué debido á las circunstancias en que me encontré. Esta tarde, aquí en mi casa, donde gozo de sosiego, donde no hay cosa que me distraiga, protesto que en un cuarto

de hora, en menos, tengo ya investigada una verdad que nada desconocida debe ser.

Llega el cuarto de hora y pasa la tarde, y nada hago. Viene otro dia, y me sucede lo mismo. Al siguiente me marchó al triste mineral de Mazapil, y ni las pesadas horas de camino me sacan de mi perplejidad.

Llego á mi casa, apenas abrazo á mi familia, y luego vuelvo á mi pesadilla (perdónoseme la metáfora) de la que no salgo sino hasta el último de ocho largos dias en que por una feliz casualidad logré acertar que los números que buscaba eran... ¡Cuidado, que ya me iba de bruces!

Vergüenza y trabajo me ha costado descubrir la gracia que encierra una simple operacion aritmética, y como no sea justo que mis amables y bellas compatriotas, sin trabajo de su parte, se aprovechen de mis UTILISIMOS descubrimientos, me callo la boca y les dedico el problema del *ostentoso* jardinero, con el principal objeto de que para el caso de que lleguen á dar con él, le hagan graznar como el desgraciado Edipo al feroz Esfinge.

PARA EL ALBUM

DE UNA SEÑORITA

Muy hermosa y pintora muy hábil.

¡Oh sublime pintora!
Artista encantadora,
Si á la naturaleza

Su obra quieres copiar mas seductora,
Traslada al lienzo en toda su belleza
Tu rostro, que al amor mismo enamora.
Julio de 1851.

J. M. DE SAMANIEGO.



ECONOMÍA DOMÉSTICA.



CANARIOS.

CURACION DE LA ENFERMEDAD LLAMADA EL GRANO.
(A petición de Una Suscritora.)

Cuando se advierte que el CANARIO está acometido de un absceso ó tumor que se le forma en la rabadilla, atraviésese dicho tumor con la punta de unas tijeras: luego exprímasele el pus (la materia) aplicándose inmediatamente después á la llaguita que le haya quedado un granito de sal, deshecho en la boca. Si se observar que le duele esto al pajarillo, porque le escociere ó ardiere la sal, se le puede aplicar á la herida, pasada cosa de una hora, un pedacito de azúcar deshecho con la saliva, para calmar la acritud de la sal y acabar de secar la herida.

POCION PARA EL PECHO

Agua destilada de azahar y de melisa (toronjil), dos onzas de cada una; jarabe de malvavisco ó altea, una onza; jarabe diacodio (adormidera blanca), media onza. Esta pocion se puede tomar en los catarros acompañados de tos violenta y de flujo considerable de mucosidades: la dosis es de una cucharada cada dos horas.

PARA

LIMPIAR LA TELA DE SEDA NEGRA.

Tómese una esponja y empapada en una mezcla de agua y hiel de toro, pásese por encima de la tela por el derecho y el revés; luego enjuáguese en agua clara, y póngase á secar al aire. Después tómese en una esponja una disolucion ligera de colapiz, pásese ligeramente por el re-

vés y con un cepillo muy suave pásese la misma disolucion por el derecho en la direccion del lado de la orilla de la seda. El agua y hiel de toro que se han de usar, ha de hacerse en proporcion de un cuartillo de agua hirviendo y tres cuartas partes de un cuartillo de hiel de toro.

SOPA DE ESPÁRRAGOS.

Cuézanse los ESPÁRRAGOS hasta que se hayan puesto tiernos, después córtense las puntas y restréguese la mitad del vegetable contra un cedazo, y córtese la otra mitad en pedazos de cosa de una pulgada de largo: después sírvase el todo en uná sopa de buena ternera. Para hacer dos cuartillos de esta sopa debe haber un cuartillo de cabezas ó troncos para endurecer y medio cuartillo para cortar, cuidando que los últimos estén verdes. Excúsese toda mezcla de cebolla ú otro olor cualquiera.

CUAJADA Y SUERO.

Tómese un vaso (de los de tomar vino) lleno de leche, agréguese seis granos de ácido cítrico y se tendrá una excelente y sabrosa cuajada y un suero muy bueno.

PARA QUE Á CONSECUENCIA

DE UN GOLPE Ó CAIDA NO PIERDA EL CULTIS SU COLOR.

Tómese un poco de almidon seco ó de *arrurrú*, humedézcase con agua caliente y aplíquese á la parte que esté lastimada, para impedir la accion del aire sobre la piel.

ULTIMAS

MODAS DE PARIS.

AHORA que el cielo suele deponer su ceño y que las lluvias comienzan á ser menos frecuentes; ahora que nos favorece un poco mas el astro rubio, acompañenme ustedes, amables suscritoras, aquí cerca, al otro lado del charco, á Paris, y antes que nos amague uno de los aguaceros "que están en boga," aprovechémonos del buen tiempo para ver qué es lo que hay de nuevo en el mundo de las modas y del buen gusto.

Ya lo ven ustedes, no presenta novedad notable Paris en punto de trajes de visita ó paseo. Con razon, ¿cómo es posible que todos los meses haya un nuevo capricho en el vestir? Harto padecen ya los bolsillos de los maridos con las mutaciones que se han hecho de costumbre; harto grande es ya el número de los vestidos, chales, visitas, etc., que están condenados, como las coquetas que han perdido su juventud, á vivir de solo recuerdos, á existir en lo pasado.

No será muy del gusto de algun crítico con esto de prestar vida á los *trapos*; pero el caso es que maldito el cuidado que nos da á mi lectora y á mí que tuerza el gesto el criticon.

Vean ustedes, amabilísimas suscritoras, llevemos nuestros pasos á ese salon de baile, pues allí sí ha de haber algo que me-

rezca la pena de ser visto y consignado á la memoria....

En efecto, mucho lujo hay, mucha variedad, pero no veo cosa que llame muy particularmente la atencion.... ¡Vestidos de *hiné* unos, y con rayas llamadas albanesas otros!....

¡Ah! Allí está un precioso grupo. Examinemos las figuras una por una.

Allí á la izquierda, vean ustedes, allí está una señora, ¡y no es fea por cierto! con un vestido de tul azul con algunas cintas y cubierto en parte con blonda: el cuerpo es al estilo de Luis XV, y en cuanto á sus cabellos, hállanse retorcidos por detrás como el casco de Vénus, con una guirnalda de rosas que ciñe de una manera muy agraciada su cabeza.

Aquella jóven rubia, ¡bonita criatura! á quien está hablando la señora, tiene compuesto su cabello á la *Watteau* (*Huattó*), al paso que una diadema de cabellos de oro corona su elegante y preciosa cabeza: encima de las bandas retorcidas con gracia, se ven agrupadas unas rosas de Bengala. El vestido es de seda color de rosa con *volantes* en forma de panales: el talle es con tres carreras de punto de Inglaterra.

Miren, miren ustedes á esta linda inglesa, aquí á la derecha. Tiene vestido de